

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8715

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 53

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metlico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorente, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Jueves 13 Noviembre 1893.

AFAMADOS CHOCOLATES SUIZOS DE PH. SUCHARD NEUCHATEL.

En la tienda de D. Alejandro Córdoba, se ha establecido el depósito único en esta ciudad de los CHOCOLATES SUIZOS al gusto español (garantizado puro cacao y azúcar) á los precios de 4, 5, 6 y 8 reales los 460 gramos.

CALLE MAYOR, 38.

LOS MODERNOS TRASATLANTICOS.

¡Qué hermoso es un trasatlántico! ¡Qué admiración al recorrer aquellas lujosas cámaras y camarotes, competidoras de un hotel de tierra firme! ¡Y cuánta mayor admiración al recorrer la cámara de máquinas y calderas, ocupadas por aquellos metálicos órganos parecidos á brazos gigantes, que imprimen al buque velocidades de ferrocarril!

Hoy se hacen travesías trasatlánticas á razón de veinte millas. ¡Veinte millas! Qué hermoso camino para leido en una butaca; pero para el inteligente á cuanta reflexiones se presta!

Con motivo de su rápida travesía oceánica, el capitán del «M-jestic» fue recibido con verdadera ovación en la Bolsa de Nueva York, y no por haber efectuado la travesía desde Inglaterra con algunos días, ó al menos algunas horas de economía, nada de esto, fue aclamado por haber adelantado algunos minutos á sus rivales los «City» de la Compañía Inman. Los pasajeros á seguro que también estaban satisfechos, pero con alegría distinta de la del capitán, contentos por haber podido pisar la tierra y haber escapado de aquella horrible trepidación y velocidad vertiginosa que hace pasar los buques y puntos de la cercana costa como fantasmas escapados.

Estas reflexiones acuden, al leer relaciones tan espantosas como las que nos han dado cuenta del horrible naufragio del vapor español «Vizcaya» de nuestra Compañía Transatlántica, en su colisión con un velero.

Es indudable que el hombre es exagerado en todas las manifestaciones del progreso, abusando siempre de los adelantos que las ciencias proporcionan á las artes é industrias.

Y una de las más patentes exageraciones es indudablemente el querer que los transportes marítimos compitan con los terrestres en velocidad. El transporte terrestre anda á razón de 80 kilómetros por hora por medio de la máquina de vapor, pues el buque que está accionado por máquina de vapor ha de andar los 80 kilómetros. Este es el cálculo de los modernos ingenieros. No hemos llegado, en verdad, á los 80, pero sí á la mitad, y para los torpederos se ha llegado ya á los 50 kilómetros.

¡Qué magníficos cálculos matemáticos; qué portentoso de la industria y qué vida más azarosa y miserable de los infelices marinos embarcados, ó mejor dicho, disparados á tan gran velocidad!

Aquí no hay que considerar que los ferrocarriles andan sobre rieles tendidos en terreno sólido, y que con el telégrafo y estaciones intermedias, no es posible la colisión, si no hay falta de vigilancia; ni que los buques en inmenso número, no tienen camino trazado y fijo, perteneciendo el mar á todos los buques grandes y chicos, vapores y veleros, que pueden toparse á cada instante y con ma-

yor abundamiento de noche y con tiempos cerrados y neblinosos. No, el problema es ver quien anda más, y caiga quien caiga.

Se han circulado por los Gobiernos de las naciones marítimas, órdenes terminantes para que los buques de vapor moderen su marcha en tiempos cubiertos y al mismo tiempo obligan á las Compañías marítimas postales en sus contratos oficiales á que efectúen las travesías con un promedio anual de velocidad, que es siempre crecido.

Así ha sucedido que el capitán del trasatlántico francés, «Champagne», acusado de que navegaba con velocidad de 16 millas al echar á pique al otro trasatlántico, también francés, «Ville de Rio Janeiro», dijo en su defensa que aceptaba el reglamento internacional de velocidad en tiempo de nieblas, siempre que el Gobierno lo aceptase en el contrato postal.

En la Conferencia marítima de Washington, tocóse este punto tan palpitante para la seguridad de la gente embarcada, no pudiendo los delegados tomar ningún acuerdo, ni respecto á la disminución de velocidades, ni en el proyecto de señalar derroteros de ida y vuelta; de manera que estamos como antes, y el que tenga que pasar el mar por necesidad, le es conveniente embarcarse en el buque más grande y veloz, pues en caso de colisión tendrá más probabilidades de salir en salvo, echando á pique al contrario, sin que este consejo puede tomarse como axioma, pues, el «Vizcaya», buque de vapor, casco de hierro y marcha regular, ha sido echado á pique por un velero de madera que es de suponer no sería muy grande. En Marzo de 1886 el veloz trasatlántico inglés «Oregon», el galgo del Océano más hermoso de su tiempo, fue echado á pique por una goletilla, esto apesar de sus numerosos vigías, de sus luces eléctricas, su doble fondo celular y sus numerosos compartimentos estancos.

No hay que hacerse ilusiones; un choque de una masa de miles de toneladas con velocidad de 15 á 20 millas, no la resiste ninguna ligazón, y no sirven células, ni compartimentos, ni grueso de planchas. Hasta priva la salvación, pues no da tiempo para ello.

En 1838 el vapor «Sirius», de 700 toneladas empleó 18 días y 11 horas para efectuar la travesía de Queenstown á Nueva York.

En 1889, el «City-of-Paris», de 10,500 toneladas, ha empleado 5 días, 19 horas y 18 minutos; y últimamente, el «Teutonic», ha economizado aun cerca de tres horas en igual travesía.

Se comprende que reúnan condiciones de gran velocidad los buques de guerra, pues lo requiere su misión, pero un transporte de pasajeros convertirle en instrumento de velocidad para regatear, y de apuestas, jugando miles de libras esterlinas, como en el Hipódromo, sin tener en cuenta las vidas embarcadas, francamente parece este un proceder poco humanitario.

Si la correspondencia exige la velocidad que se obtiene hoy de los ferrocarriles, enhorabuena que los gobiernos destinen «galges del Océano» para este exclusivo objeto; pero reglamentando la velocidad de los buques que transporten pasaje, y de no ser así, es altamente ridículo que legisle sobre lugar de situación, y sobre botas y cinturones salvavidas, pues que todos estos procedimientos é ingenios de nada han de servir en una colisión de gran velocidad, ahogándose todos como respecti-

vamente ha sucedido á los tripulantes de los buques veleros que han embestido al «Vizcaya» y al «Oregon», ó salvándose solamente unos pocos imponiéndose por la fuerza bruta, con los cuchillos como ha sucedido á bordo del «Vizcaya».

Las naciones marítimas que tanto apoyo prestan á las sociedades de salvamento de naufragos, harían ya de que tomen un acuerdo para reunir de esta crecida contribución de sangre que cada año la humanidad da al mar.

AL SER FUSILADO el comandante Bastarrica.

Noticias de su fusilamiento, que transmiten de Canarias:

«Hoy fusilaron en el Campo de las Conces, cerca del antiguo polvorín, al comandante de caballería D. Pedro Bastarrica y Azpíroz, que asesinó hace seis meses á su madre política en el portal de la casa donde habita el médico Gómez; estuvo en la capilla con extraordinario valor, fue de uniforme, del cuartel al cuadro, como si fuera á una romería y él mismo dio las voces de mando: «¡Arquen, apunten y fuego!» explicándoles, como si fueran los soldados un pelotón de quintos, teniendo un espacio largo apuntando y diciendo donde le habían de tirar antes de dar la voz de fuego, tras de la que quedó instantáneamente muerto: momentos antes del acto sacó dos duros y se los dió al capellán, diciendo, quería dárselos á la escolta para que tomaran una copa, pero no quiso el teniente coronel: déselos V. á mi mujer, dijo entonces Bastarrica.»

PARRICIDA INVOLUNTARIO.

Víctima de un descuido de su padre, murió antes de ayer en Madrid el niño de once años, hijo del armero establecido en el número 118 de la calle de Alcalá.

El padre de la desgraciada víctima Cristóbal Asejo, de profesión armero, estaba limpiando una escopeta Remington, desarmada de la culata, y frente al cañón había base su hijo Salvador, jugando con un timbre.

La escopeta tenía colocada las cápsulas, cuando de pronto, á un movimiento lamentable del armero, disparóse, hiriendo gravemente al pobre muchacho.

Un guardia municipal acudió al lugar del suceso, cubriendo el cuerpo del muerto con una capa. Inmediatamente se dió parte al juzgado.

El padre de la víctima, ante tamaña desgracia, se retorció de dolor. La madre fue necesario llevarla á otra casa, habiéndosele prodigado los consuelos que su infinita pena reclamaba.

Este matrimonio tiene además otros dos hijos.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

CAMPOY

Charada

Un segunda tercia cuatro con prima dos celebraba, la pelea sostenida con el valiente dos cuarta tres prima dos conocido por todo en Zamarramala.

Tomás.

La solución en el número próximo.

A TODO VAPOR

Acababa de cumplir 17 años cuando un tío suyo tuvo á bien presentármelo. Antes le había oído elogiar muchas veces la capacidad de su sobrino, que multiplicaba su actividad para ser un hombre de provecho.

—¡Demonio de chico! exclamaba, cayéndosele la baba. Todavía no le apunta el bozo, aunque él pretende afeitarse la pelusa diariamente, y ya tiene una ó dos novias, escribe en los periódicos, asiste á los casinos, lo han hecho vocal de un comité, estudia con asiduidad, ha tenido como un duelo y actualmente le ocupa una crítica trascendental acerca del «Quijote», demostrando con el testimonio de su autoridad que Cervantes no merece la fama de que goza y que su obra, vista sin la influencia cervantística resulta un libro insípido y hasta chocarrero.

—¡Oh!

Y bajando la voz el bueno de su tío, me dijo: la vispera de yo conocer al sobrino: —Si te hubiera usted escuchado como yo anteanoche, acerca de sus teorías sobre la «materia cósmica» y los últimos descubrimientos acerca de la Divinidad, se le ponen, como á mí, los pelos de punta. ¡Si los muchachos nacen hoy día sabiendo!

Cuando estuvo en mi presencia, no me extrañó, dados esos antecedentes, ver á un jovenzuelo pálido, demacrado, ojeroso, que me miraba como si tuviera calentura.

—Aquí donde usted lo ve, me dijo su pariente, hace ya mucho tiempo que hizo el grado.

Estuvo por contestarle que ya se le conocía en el rostro, pues á juzgar por su aspecto, se encontraba dentro del segundo grado de la tisis. Pero la compasión me contuvo.

El muchacho era una enciclopedia viviente, solo que la erudición le calentaba los castos demasíado.

Además tenía muy desarrollada la presunción más funesta del «modernismo», esto es, de los que exijan las tendencias del espíritu moderno, desviándolas de su cauce más legítimo.

Creía que es un mérito haber nacido después, como si detrás de cada cual no llegasen empujando de igual modo las modernas generaciones.

El mozalbete con cierta superioridad, mal encubierta. Claramente sus ojos expresaban:

—A mi edad es probable que todavía fuese usted un inocente. Y yo he rasgado ya todos los velos, todos, así el del amor, como el de la ciencia, sin que nada se me oculte.

Hablamos un rato y bastó para que me diese á conocer su escepticismo acerca de todo lo que mi primera juventud formó el mundo de mis ilusiones.

De las mujeres dijo pocas; á los diez y siete años hablaba como un esceptico que al apurar la copa de los placeres encuentra en el fondo el acibar de los desengaños.

Antes de separarse sacó el reloj, pues según nos dijo, ante con cierta petulancia, tenía que asistir aquella noche á la reunión del comité y después al círculo, y cuando celebrara varias conferencias de carácter político, apenas si le quedaría tiempo para hablar un rato con su novia.

Esto de novia lo expresó de un modo, que si allí hubiera estado el padre ó el hermano de ella, le pegan para que en lo sucesivo no subrayara la palabra.

En la tapa del reloj vi un retrato de mujer.

—¿Es su prometida? le pregunté.

—¡Cál me contestó, añadiendo á la respuesta, burlesca sonrisa.